

IN MEMORIAM ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

Carmen IGLESIAS

Real Academia Española y Real Academia de la Historia

El pasado 21 de enero falleció don Antonio Domínguez Ortiz, en su querida Granada. Maestro de historiadores, Académico de la Historia, premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1982, doctor honoris causa por varias Universidades nacionales y extranjeras, don Antonio murió como había vivido siempre: sereno y lúcido, activo intelectualmente hasta el final, trabajador incansable y generoso. Había nacido en Sevilla, el 18 de octubre de 1909 y, a los 93 años, tenía sobre el telar una historia sintética de Andalucía, de la que hablaba con gran ilusión, y el proyecto de un libro sobre la esclavitud; hacía apenas dos años nos había regalado una importante obra: *España. Tres milenios de historia*, una síntesis de la historia de España sólo concebible desde la madurez activa de sus noventa años, fecundos e ilusionados. Como se ha citado en alguno de sus homenajes, este último libro representa «toda una vida de análisis para un día de síntesis» (PITA ANDRADE, J.M. Necrológica. *Boletín R.A.H.*, enero-abril 2003, pp. 1-10). La historiografía española está de luto por su definitiva ausencia, aunque siempre quedará su huella, sabia y humanista, en la ingente obra que nos ha dejado.

Todos somos deudores de esa gran obra, pues todos hemos aprendido de las investigaciones incansables y continuadas de don Antonio. Maestro insustituible de modernistas, su curiosidad insaciable en los archivos, su rigor en la extracción de sus fuentes documentales, su inteligencia abierta y flexible en su ordenación e interpretación y, como corolario, su buena escritura en la exposición y difusión, hacen que todos sus trabajos logren abrir nuevos horizontes y nuevas puertas de investigación y reflexión a especialistas y a simples lectores. Como ya dije en alguna otra ocasión, y si se me permite un cierto lenguaje coloquial, don Antonio es lo que podríamos llamar un perfecto «todo terreno». No ha habido etapa o tema relacionado con la historia moderna de España —ya se trate de los Austrias o de los Borbones, ya de panorámicas generales o de problemas muy concretos— en donde nuestro historiador no tenga algo nuevo que decir. Y algo siempre clarificante, abriendo nuevas perspectivas, nuevos ángulos para comprender e interpretar la realidad histórica.

Goethe decía, quizás de forma un tanto tajante, que «un hombre es la lista de sus cosas hechas». En la parte de la persona que eso pueda ser verdad, Domínguez Ortiz presenta una lista de cosas hechas impresionantes. Un total de 34 libros y más de 300 artículos y monografías. Desde el año 1941, en que publica su primer artículo: «La población de

Sevilla en la Baja Edad Media y en los tiempos modernos», hasta el final de su vida, su obra es un ejemplo de trabajo bien hecho y siempre en crecimiento. Casi cuatrocientos trabajos entre los que se incluyen libros memorables, que obligaron a reconsiderar y estudiar más a fondo períodos decisivos de nuestra historia y a fijar la atención historiográfica en aspectos y ámbitos que no habían sido objeto de estudio. Desde su primer libro importante: *Orto y ocaso de Sevilla* (1946), cuya originalidad y excelencia —al situar la expansión y decadencia de Sevilla como capital del comercio transoceánico en el siglo XVI—, convertían la historia de la ciudad en una historia de las complejas redes del Imperio español con Europa y el resto del mundo, pasando por sus decisivos *La sociedad española en el siglo XVIII* (1955) y *La sociedad española en el siglo XVII* (1963 y 1970), hasta sus últimas publicaciones en el 2001, la lista de sus investigaciones abarcan los asuntos más diversos, siempre tratados con rigor y profundo sentido histórico. Sin ánimo exhaustivo en cuanto a temática, hay que recordar sus escritos y libros sobre la Inquisición, los judeoconversos de España y América, Felipe II, sobre todos y cada uno de los monarcas de la Casa de Austria y de la de Borbón, el reformismo borbónico, las mujeres en el Antiguo Régimen, aspectos diferentes sobre política y hacienda, sobre la población y otros problemas de demografía, estudios sobre banqueros y mercaderes, sobre nobleza y señoríos. Y también ha escrito de embajadas españolas en Rusia, de la vida de los extranjeros en España, de motines y autos de fe, hasta de «los primeros coches de caballos en España», o los problemas arquitectónicos de El Escorial. No hay prácticamente parcela que no haya sido trabajada sabiamente por don Antonio. No sólo asombra su capacidad de trabajo sino esa excelencia con que ha realizado un trabajo investigador paciente y continuado.

Pues en el apogeo de Goethe va de suyo que no se refiere sólo a la cantidad sino muy especialmente a la calidad. Domínguez Ortiz es pionero, como es sabido, de una *historia social* de ejemplar rigor historiográfico. Historia social y económica, historia cultural y de las mentalidades, cuestiones diversas sobre demografía, sobre fundamentos materiales y valores sociales de las clases privilegiadas del Antiguo Régimen, sobre minorías marginadas, sobre aspectos eclesiásticos y de luchas de poder, todo ello ha sido estudiado y analizado por nuestro historiador sin reduccionismos de ningún tipo, buscando siempre una «ecuanimidad histórica razonada y razonable», en palabras de Roberto Fernández. La «combinación intelectual entre el monografismo y la síntesis, entre la aportación directa de conocimiento nuevo sobre la realidad histórica concreta y la interpretación globalizadora de la Historia» va siempre unida en don Antonio a una honestidad intelectual y una práctica de la historia como disciplina científica, que no elude la escala de valores siempre presente en las elecciones del historiador, pero que no cae tampoco en el subjetivismo ni en el dogmatismo (Antonio Domínguez Ortiz. *La historia como pasión*. RHJZ-73/1998. Zaragoza, 2000, pp. 133-182).

En medio a veces de modas metodológicas de gran esquematismo, que conducían a grandes síntesis maniqueas y homogeneizadoras (aquellas metodologías aplicables a todo y profundamente ideologizadas, de las que decía Caro Baroja que no eran llaves que abrieran puertas, sino ganchúas que las destrozaban), don Antonio fue capaz de abrir nuevas puertas en el laberinto de nuestra historia con llaves muy delicadas e individualizadas para cada caso, con tan especial cuidado que nos ha transmitido todo el colorido, todos los matices, toda la diferenciación y al tiempo toda la piedad que la historia de los hombres y de nuestros antecesores merece. Don Antonio —siempre basándose en los legajos de los archivos, en la investigación minuciosa y paciente de las huellas del pasado— ha enseñado a

despojarnos de ideas fáciles y preconcebidas y a comprender mejor quiénes somos y quiénes hemos sido. Ha estado siempre en contra de las interpretaciones deterministas de la historia, en contra también de toda utilización presentista del pasado: la historia se hace *desde* el presente, pero no *para* el presente, no para proyectar nuestros valores sobre unos hombres y mujeres que vivieron en otro contexto y a los que cargamos con nuestros *anacronismos*; reaccionó igualmente con viveza frente a manipulaciones ideológicas de la historia y frente a unas enseñanzas que la tergiversaban, así como contra la utilización de la historiografía como tribunal judicial que imparte sentencias definitivas. Lo cual no implica rechazo alguno a una coherente interpretación de la historia, a partir de los datos empíricos de que disponemos y con una actitud intelectual «sin ira y sin nostalgia». Hablando de la expulsión de los judíos o de la Inquisición, y «ante tema tan ideológicamente connotado, recuerda la necesidad de abordarlo con frialdad de entendimiento, sin juicios descontextualizados, aunque también sin obviar el sufrimiento humano que de él se derivó» (FERNÁNDEZ, R. *Op. cit.*, p. 167).

«El rigor es la racionalidad», decía don Antonio en una entrevista de octubre de 1999. Historiar es partir de las fuentes y tratar de interpretarlas y ordenarlas. Cabe, dirá en algún momento, diferentes interpretaciones de detalle sobre la base de las fuentes, o diferentes énfasis, lo que no cabe en historiografía es su falseamiento. Escribe sus obras con esa «dosis de civilizada beligerancia», con la que definía la condición o el oficio de historiar, y por ello es capaz de matizar luces y sombras, de comprender sin disculpar la condición humana en diferentes avatares históricos. En varias ocasiones insistió en que cada pueblo tiene una leyenda desfavorable hacia los demás. Pero que «quizás el único que tiene una leyenda desfavorable de sí mismo sea el pueblo español. Con este sadismo —declaró literalmente— del que hacen gala muchos. Ahora, en la historia de España hay muchas cosas indefendibles». Se trata siempre de aplicar la medida racional de historiador y no la lente del ideólogo que transpone al pasado los valores del presente. Así, por ejemplo, ya en 1969 —en contra siempre, como se dijo, de todo determinismo, que diluye la responsabilidad individual y concreta de los humanos en cada momento histórico— escribía en el artículo «Reflexión sobre *Las dos Españas*» este final significativo: «...considerándolo todo con serenidad, puede sostenerse que los desgarramientos internos de la España anterior a 1808 no fueron superiores a los de las restantes naciones europeas, y aun podría decirse que fueron inferiores a los que sufrieron, por ejemplo, Francia o Alemania. Cabe entonces suponer que la discordia y la violencia que caracterizaron nuestra historia más reciente no son inherentes al carácter de nuestro pueblo, sino producto de circunstancias temporales que también otras naciones las han sufrido y las han superado. Por fortuna, en este aspecto, *«España no es diferente»* (*Hechos y figuras del siglo XVIII español*. Madrid, 1973, pp. 247-268).

Lejos de todo ensimismamiento —que tiene mucho de soberbia y pereza mental— de considerar la historia de España como diferente y fatalmente condenada a repetirse, Domínguez Ortiz rompía todo tópico sobre esa «excepcionalidad» que, por otra parte, encubre con frecuencia una visión amarga y descalificadora de la realidad. La historia de España está inserta en el entorno europeo y universal; no en vano es autor de una «Historia Universal» (1983) y partidario de una historia comparada que no olvide el contexto específico. Es sintomática de esta actitud la brillante metáfora que en algún momento utiliza cuando se le pregunta por el alcance de la Ilustración española comparándola con Francia o Inglaterra (y olvidando el resto de Europa). Podría considerarse, quizás, una tentativa frustrada pero sólo «a medias; es algo así como un corredor que parte para hacer el maratón y no llega al

final, pero ha hecho una bella carrera». No se trata, en efecto, de resultados netos, de éxitos o fracasos definitivos, sino de una «historia abierta», con obstáculos reales y logros y derrotas que generan, a su vez, nuevas situaciones históricas, a las que hombres y mujeres concretos intentan responder en sus condicionantes históricos (como nosotros mismos, día tras día).

De todo ello se deriva su preocupación constante por la enseñanza de la historia. Como buen profesor que fue toda su vida, al tiempo que gran investigador, le preocupaba que pudiera llegar a los estudiantes y al público en general las visiones históricas más objetivas que pacientemente los historiadores iban desbrozando frente a mitos y leyendas de todo tipo. Por ello escribió esa historia de los tres milenios de España, haciendo hincapié en la necesidad de distinguir entre «España y la formación estatal española». «España —declaró explícitamente— existe desde el primer milenio antes de Cristo, se constituye como entidad estatal a partir de los Reyes Católicos y se perfecciona sustancialmente con la llegada de los Borbones primero y más tarde con la aparición del liberalismo. No es un caso aislado: ocurre lo mismo con Francia, Italia, Alemania... En un sentido amplio, estas unidades se definen como un espacio y el conjunto de gentes que conviven en dicho espacio» (*El País*, 13 enero 2001). «Todas las grandes divisiones del imperio romano continúan teniendo vigencia. Los franceses consideran como parte de la historia nacional la Galla romana (...) Por qué nosotros hemos de confundir la nación española con el Estado español, fundado por los Reyes Católicos? Escribiendo este libro he querido poner mi granito de arena en la labor de contención contra los afanes disolventes de España». Desligarse de la tradición romántica que identificó *nación y Estado* le parecía camino obligado para entender el pasado histórico de las grandes unidades europeas, entre las que se cuenta España.

Dos últimas notas querría añadir a este recuerdo de don Antonio. Una se refiere a su actividad desde 1973 en la Real Academia de la Historia. Como rememoraba Gonzalo Anes hace unos días, don Antonio fue presentado a la Academia de la mano de Luis García de Valdeavellano, Gonzalo Menéndez Pidal y Ángel Ferrari, tres padrinos insignes que querían tener entre ellos a Domínguez Ortiz «por sus grandes méritos como historiador», en primer lugar, y también para paliar la injusticia de que fuera rechazado en las oposiciones a cátedra de Historia Moderna en la Universidad. Don Antonio fue, como es sabido, profesor de Enseñanza Media en varios institutos de distintas ciudades españolas, desde el año 1940 en que ganó una cátedra de Geografía e Historia, hasta su jubilación; siempre dejó la impronta de «sabiduría, bondad, paciencia» y dotes pedagógicas, pero la Universidad de aquellos años le rechazó. Arbitrariedad que no impidió el importante magisterio que Domínguez Ortiz ha ejercido entre los universitarios e historiadores de varias generaciones y que compensó con creces con su actividad investigadora incesante y con su vinculación a instituciones de excelencia, nacionales e internacionales, y entre ellas a la Real Academia de la Historia. Escuchar a don Antonio en la Real Academia cuando le tocaba exponer, como a cada uno de sus miembros, un par de viernes al año, era siempre un placer por adelantado. Siempre nos sorprendía con alguna investigación novedosa. No sin humor nos mostró alguna vez las disputas y conflictos, no tanto ideológicos sino de poder, entre la Inquisición y otros altos organismos eclesiásticos, hasta llegar incluso a las manos, en el complejo mundo sevillano del siglo XVII; o bien nos hablaba de esa especie de «agencias» sevillanas que se ganaban muy bien la vida en la época barroca haciendo nuevas genealogías a sus clientes, a fin de que éstos pudieran aspirar a prestigios más nobles, lo que implicaba, por lo demás, una sociedad con muchos resquicios y filtros, según los lugares y las épocas, y a la que por tanto no

se podía homogeneizar de un plumazo. O bien contaba el papel tan diferenciado de los pequeños municipios frente a los Grandes de la nobleza de la época y la formación de bandos y de auténticas bandas en lucha unas con otras. O también le oímos con fruición hablar del papel y la historia apasionante de un judeoconverso y de su familia y linaje en una sociedad donde más importante que la limpieza de sangre —al menos en determinados estratos— era la *limpieza de oficio* (no ser hijo de menestral o de comerciante, o de trabajadores manuales). En todas partes, pues, ha dejado un recuerdo imborrable.

La otra nota que no puede dejar de mencionarse en esta rememoración de Domínguez Ortiz es la de su talante personal, el recuerdo de su peculiar bondad y modestia, la falta total de afectación que caracterizó siempre su sabiduría y su trato con los demás. Don Antonio había publicado su primer libro a los 35 años (es decir, y con independencia de artículos y monografías anteriores, después de una intensa preparación y acopio de información y saber) y, según él mismo declaró, al principio no tuvo ningún éxito espectacular y la modesta edición tardó diez años en venderse. Y si bien su abundante producción posterior (explicable por esos años largos de estudio e investigación sosegada) fue cada vez más conocida y celebrada, creo que él siempre mantuvo una inteligente distancia interior respecto a su propio éxito. Por decirlo con autorizadas palabras, don Antonio fue una persona que supo crear su propio núcleo interno, según la fórmula tomista para relacionarse con los otros y con el mundo de que «hay que empezar por establecerse en sí». Siempre que he tenido el privilegio —y creo que lo he tenido en abundancia— de tratar con auténticos maestros, creo reconocer ese «establecimiento en sí». No es nada frecuente, es una peculiar ausencia de vanidad superficial, es una generosidad y una cortesía cálida que no necesita afirmarse a costa de los otros. Don Antonio personificaba bien ese «centramiento no cerrado a los demás» que intento describir. No todos los mayores en edad, saber y gobierno lo consiguen, ni mucho menos. Pero los que lo consiguen, qué maravilla. Hay un aforismo de Elías Canetti que utilicé referido a don Antonio, cuando vivía, y que hoy quisiera repetir como epitafio sentido. Al reflexionar sobre el paso del tiempo y el inevitable envejecimiento, Canetti decía que «el principal inconveniente, y tan importante que casi superaría todas las ventajas, es que uno apenas piensa ya en los demás. Pero contra esto hay una medicina: ser imprescindible. Lo que uno sabe que nadie sabe, lo que uno dice y nadie más puede decir. Debe ser tanto que los demás lleguen a sentirlo, quieran tenerlo y no lo dejen a uno en paz».

Don Antonio fue hasta el último día de su vida uno de esos imprescindibles.

IN MEMORIAM JORGE DEMERSON

Miguel Ángel LAMA
Universidad de Extremadura

El medio por el que tuve noticia de la muerte de Jorge Demerson fue una definitiva confirmación de que en nuestra relación quedaba algo pendiente. Había recogido la correspondencia de mi apartado de correos y uno de los sobres me resultaba familiar. Venía de Francia. Lo abrí y en él había un folio doblado que resultó ser la fotocopia de una esquela. Me lo enviaba Paula de Demerson. Lo recibí casi dos meses después de la fecha que confirmaba ese aviso necrológico de llamativas y señaladas negritas. El 8 de febrero de 2002, en Marmande, falleció Jorge Demerson. Una noticia fría. Como si no hubiese otra forma de saber de la muerte de alguien cercano a quien uno nunca ha tenido ocasión de ver, a quien no ha conocido personalmente.

Nunca estuve con Jorge Demerson, aunque mantuvimos una estrecha relación por escrito desde que edité el discurso de apertura de la Real Audiencia de Extremadura de Meléndez Valdés en 1991. Aquella edición se publicó dedicada —con errata— a Demerson. Contacté con él meses antes para comunicarle mi propósito de recuperar ese discurso y pedirle permiso para citar unos documentos que él había reproducido en su fundamental biografía del escritor de Ribera del Fresno. A partir de ese momento, nuestra comunicación epistolar fue intensa y supongo que reencontrarse con un extremeño treinta años más joven que él e interesado en temas comunes de nuestro siglo XVIII reavivó su deseo de «volver» a Extremadura. Lo hizo con la propuesta de publicar sus escritos sobre esa región y sobre Meléndez Valdés. *Extremadura, crisol de culturas* fue el título que puso a ese volumen que recogía notas de viajes, poemas y algunos de sus artículos sobre Meléndez Valdés y que editó el Departamento de Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz, en su colección «Rodríguez-Moñino» en 1995. Su último libro (*Cual hormiga por la piel de toro*. Madrid: Edición Personal, 2002), que he recibido después de su muerte gracias a Paula de Demerson, nuevamente, reúne escritos parejos a aquellos que editamos en Extremadura; notas sobre su paso por

diferentes poblaciones españolas, textos fechados desde abril de 1965 hasta marzo de 1973, en su etapa de representante de Francia en España.

Jorge Demerson había nacido en Burdeos, ciudad, junto con Arcachon, en donde cursó sus estudios secundarios. En 1942 ingresó en la Escuela Normal Superior de París, pero tuvo que interrumpir sus estudios para participar activamente en la Resistencia (1943) y tomar parte en las campañas de Francia y Alemania entre 1944 y 1945, llegando a desembarcar en África del Norte. Con el grado de capitán, retoma sus estudios y se doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de La Sorbona con una tesis sobre el poeta extremeño Juan Meléndez Valdés. Comienza a impartir clases en la Universidad de Lyon, en la que llegará a ser catedrático honorario. Desde 1962 a 1974 desempeñará el cargo de consejero cultural de la Embajada de Francia en Madrid y de director de los institutos franceses en España. Durante este período publica algunos de sus libros principales sobre literatura e historia cultural españolas. En 1962 apareció su libro *Meléndez Valdés et son temps*, traducido en España por Editorial Taurus en 1971, en donde recogió sus primeras investigaciones sobre este autor, luego continuadas en otros trabajos como *D. Juan Meléndez Valdés. Correspondance relative a la réunion des hôpitaux d'Ávila* (1964). También contribuyó en este período a un mejor conocimiento de la Ilustración con importantes estudios biográficos sobre otros autores, como en su trabajo «Para una biografía de Fray Diego González. En memoria de Antonio Rodríguez Moñino», publicado en el *Boletín de la Real Academia Española* en 1973. En 1974 aparecieron sus libros sobre *La reforma cultural en Francia* (1974), en colaboración, y *Las iglesias de Ibiza y Formentera* (1974), y una de sus grandes aportaciones sobre una línea de investigación fundamental en su carrera, *Las Sociedades Económicas en el siglo XVIII. Guía del investigador* (1974), en colaboración con Francisco Aguilar Piñal y Paula Demerson, sobre las que había tratado ya en otros ensayos como *La Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Ávila (1786-1857)*, publicado en 1968.

Caballero de la Legión de Honor, oficial del orden nacional del mérito, Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, comendador de la Orden de Isabel la Católica, miembro de la Académie des Sciences, Lettres et Arts de Lyon, corresponsal de las Reales Academias de la Lengua Española y de la Historia, Oficial y Cruz del Mérito Militar, teniente coronel honorario y miembro de la Sociedad de Amigos de Ibiza. Jorge Demerson ha sido uno de los hispanistas más activos en los últimos cuarenta años de esa estirpe de apasionados de España, a quien muchos deberemos una visión de nuestro país y de su gente. Esa manera de imbuirse del territorio y de las costumbres, esa adopción de lo español manifiesta en su firma, Jorge, y no Georges, o en los nombres de sus hijos Nieves, Isabel, Felipe, Inés, una adopción de lo español que —decía él mismo— había nacido de una confesión de Marcel Bataillon al respecto de su asignatura pendiente —a pesar de la sabiduría sobre España de aquel otro maestro— de no haber vivido más en directo el carácter de España a través de su gente.

Incorporado a su puesto como profesor en Lyon, Jorge Demerson siguió ofreciendo muestras de su dedicación a la cultura española. Con su esposa, Paula, continúa esa línea de investigación fundamental en su carrera con trabajos como «La decadencia de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País», en *Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII* (1978), La Sociedad Económica de Amigos del País, de Ciudad Rodrigo. *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* (1982), y sigue atendiendo a otros personajes dieciochescos, literatos, como Luzán y sus *Memorias literarias de París* o Leandro Fernández de Moratín y sus relaciones con José de Lugo, o pertenecientes a otros ámbitos, como en sus estudios biográficos sobre *Ibiza y su primer obispo: D. Manuel Abad y Lasierra* (1980), *don Carlos González de Posada: aproximación a su biografía* (1984), o *Un canario diplomático: D. José de Lugo* (1988). En Oviedo y publicados por la Cátedra Feijoo de su Universidad, aparecieron en 1981 los dos volúmenes de *Obras en verso* de Meléndez, edición crítica preparada en colaboración con John H. R. Polt, con quien igualmente preparó la antología *Poesías selectas. La lira de marfil* de Meléndez para la colección Clásicos Castalia, en 1981. Obras más recientes han sido *El collar de la Península*, publicada por la Casa de Velázquez de Madrid en 1992, fruto de sus viajes por tierras de la periferia española, de Marruecos y de Córcega, y, en colaboración con Paula Demerson, *Sexo, amor y matrimonio en Ibiza durante el reinado de Carlos III*, que apareció en Palma de Mallorca en 1993.

El dieciochismo español pierde mucho con Demerson, tan activo siempre hasta el final de sus días en su amor a España y a su cultura. Pervivirá su obra y su trascendencia en quienes le conocieron y trabajaron con él, como John Polt —a quien leo huérfano de alguien cuando escribe una nota en la revista *Dieciocho* en la que le llama «a gentleman and a scholar»— y en quienes le leemos y nos servimos de sus estudios fundamentales, con el lamento de no haberle conocido. Pero la mejor garantía de su pervivencia la encontramos hoy en el ánimo, roto, sí, y más en soledad, pero vivísimo, de otra amante de España: Paula Demerson. Una garantía para la firmeza de la memoria.